

Luis Rosado Vega

El enamorado de la muerte

Jorge Pech Casanova

Ya sé..., ya sé..., ya sé... Fue necesario
morir dentro de mí..., y es esto, es esto
lo que a mi paso voy diciendo, apenas
como si hablara en sueños..., entretanto
la Muerte me unge con sus propias aguas
en los jardines que encantó Ella misma...

LUIS ROSADO VEGA

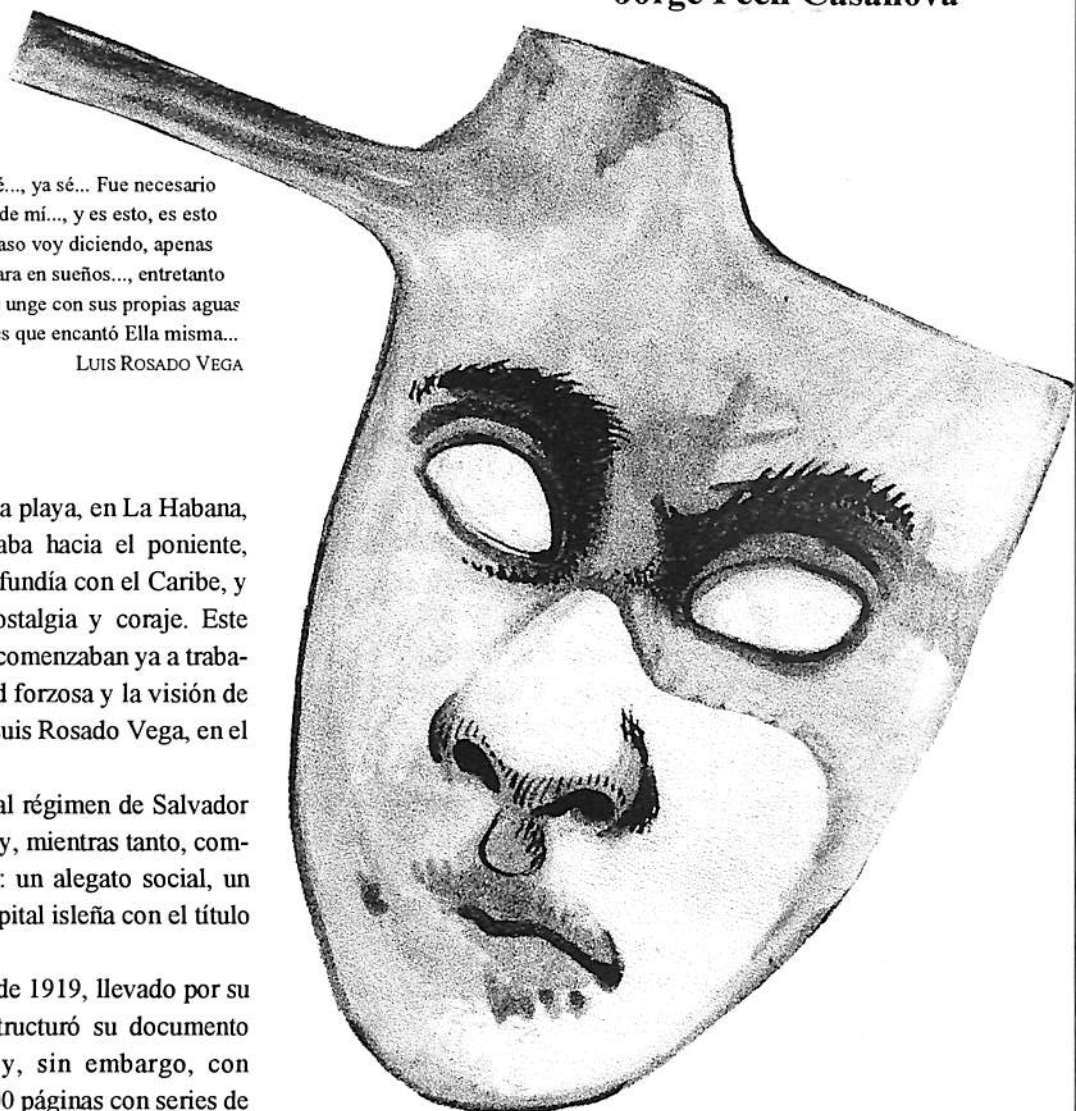
Un desterrado y sus quejas

Desde una casa próxima a la playa, en La Habana, un poeta desterrado miraba hacia el poniente, hacia el horizonte que se fundía con el Caribe, y evocaba su tierra con nostalgia y coraje. Este hombre, a quien los años comenzaban ya a trabajar, a quien impacientaban la inactividad forzosa y la visión de una reforma social por emprender, era Luis Rosado Vega, en el otoño de 1919.

Exiliado en Cuba por su oposición al régimen de Salvador Alvarado, el autor rumiaba su destierro y, mientras tanto, componía un libro vehemente y caudaloso: un alegato social, un ensayo histórico que se publicó en la capital isleña con el título de *El desastre*.

En cinco meses, de junio a octubre de 1919, llevado por su furor antialvaradista, Rosado Vega estructuró su documento político más notable: reaccionario y, sin embargo, con propuestas de reforma social. Más de 200 páginas con series de razonamientos que condenaban la explotación de los nativos yucatecos y, paradójicamente, la actuación del primer gobierno socialista en Yucatán —régimen que intentó, y logró por un breve lapso, mejorar la situación de los mayas campesinos.

En la primera parte de *El desastre*, su autor hace un recuento muy documentado sobre cómo los conquistadores y sus descendientes, los hacendados, usaron y abusaron del indígena americano. Rosado Vega no se limita a ocuparse de los indígenas mayas; comienza su recuento de injusticias y expoliación desde los primeros días de la conquista y expone casos de Sudamérica, México y Norteamérica con la misma razonada indignación. Cita y comenta en extenso un informe —*Noticias secretas de América*, de los científicos españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa— que denunciaba, ya en 1735¹, la esclavitud que sufrieron los nativos de lo que hoy es Perú, Ecuador, Colombia y Chile. Esta obra antiesclavista sirvió a Rosado Vega como base para criticar la situación de los indígenas en la península de Yucatán, tal y como se exponía en libros como los de Cogolludo y Carrillo y Ancona, por citar sólo a un par de autores.



Entre las principales críticas de Rosado Vega al estado de cosas en el Yucatán pre-revolucionario, se cuenta su desautorización al paternalismo con que trataron a los indios los conquistadores, y después los hacendados —apoyados siempre por la Iglesia. El poeta lamentó que se tratara al indígena como un menor de edad, que lo hicieran depender de las bondades del amo y del sacerdote para sobrellevar la servidumbre. El cese del paternalismo era una de las principales demandas del literato.

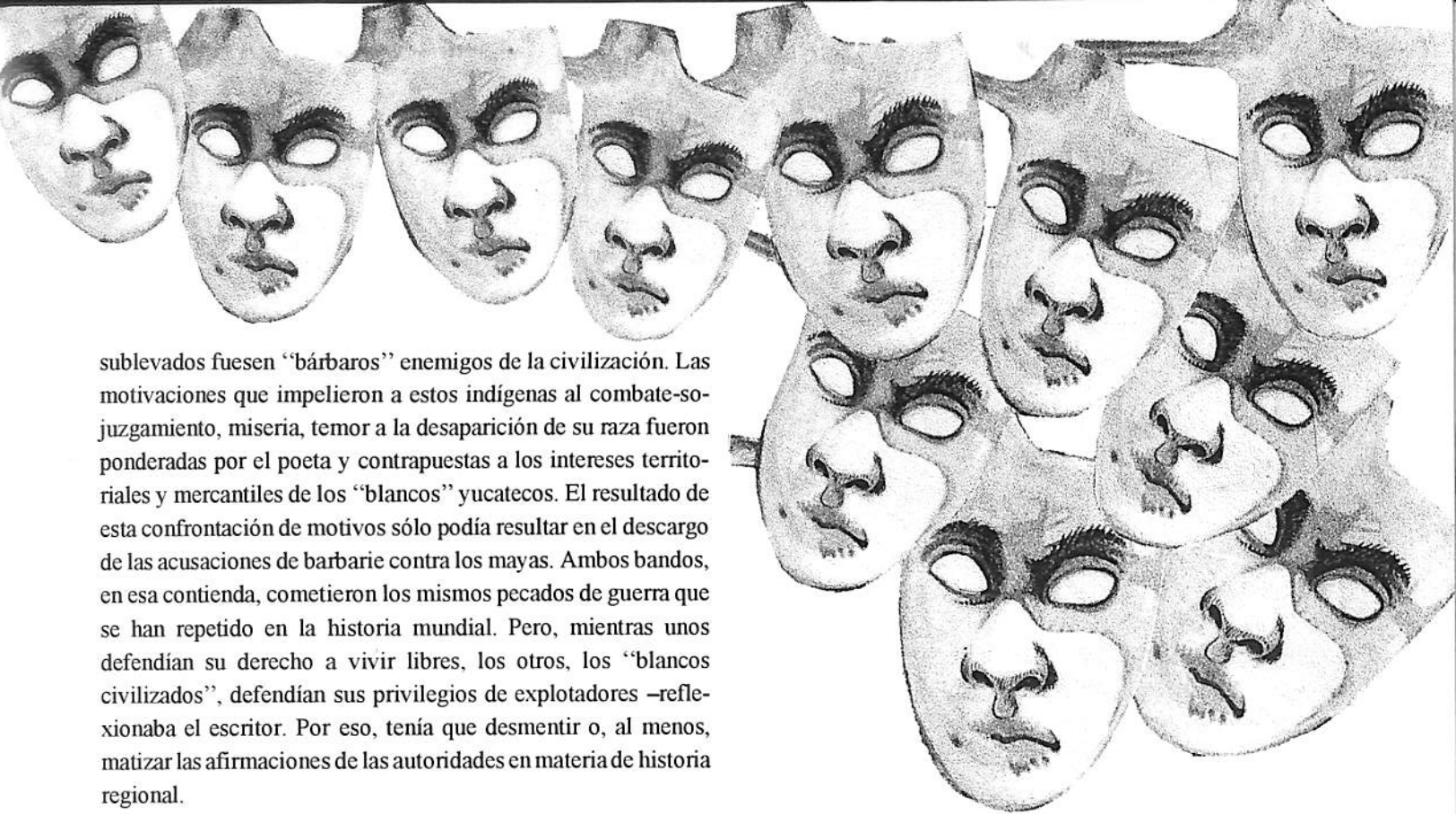
Pero la solución que propuso para acabar con ese problema fue, ni más ni menos, otro tipo de paternalismo: proponer a los explotadores que tomaran conciencia de que los indígenas

Jorge Pech Casanova. Escritor. Ha publicado el libro de relatos y traducciones *Bajo un velo de llama* (Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 1989); y los poemarios *Roja edad* (Ediciones de la Gorgona, Mérida, 1991) y *Líneas para el fuego* (La Tinta del Alcatraz, Col. La Hoja Murmurante, Toluca, 1992).

No hay datos explícitos del resultado que tuvo la prédica antialvaradista de Rosado Vega. Dado que ni esa obra ni sus tesis las citan autores yucatecos posteriores, salvo con menciones apresuradas, es de temerse que el ataque al primer gobierno socialista local haya convertido a *El desastre* en un libro satanizado. Muchos años después de que Rosado Vega escribiera su alegato, la historia oficial decretó a Alvarado héroe intocable.³ Los historiadores yucatecos, apegados a la visión oficial, difícil-

Otra de las visiones prejuiciadas de los historiadores yucatecos, su condena a los mayas rebeldes de la llamada Guerra de Castas, fue inflexiblemente rebatida por el autor de *El desastre*. Anticipándose a las tesis que décadas más tarde sostuvieron investigadores objetivos, Rosado Vega refutó que los mayas





sublevados fuesen “bárbaros” enemigos de la civilización. Las motivaciones que impelieron a estos indígenas al combate-sojuzgamiento, miseria, temor a la desaparición de su raza fueron ponderadas por el poeta y contrapuestas a los intereses territoriales y mercantiles de los “blancos” yucatecos. El resultado de esta confrontación de motivos sólo podía resultar en el descargo de las acusaciones de barbarie contra los mayas. Ambos bandos, en esa contienda, cometieron los mismos pecados de guerra que se han repetido en la historia mundial. Pero, mientras unos defendían su derecho a vivir libres, los otros, los “blancos civilizados”, defendían sus privilegios de explotadores —reflexionaba el escritor. Por eso, tenía que desmentir o, al menos, matizar las afirmaciones de las autoridades en materia de historia regional.

Pocas veces se ha visto luego que un escritor yucateco se oponga a las afirmaciones de los “clásicos” locales. Este acto de rebeldía literaria y ética merece, siquiera, que hoy leamos *El desastre* menos como un panfleto antisocialista que como un alegato indigenista. La ingenuidad de sus proyectos sociales, así como su visceralidad contra uno de los reformadores de esa situación, queda compensada por la verdad y la honestidad con que nos recuerda y nos advierte contra las formas de explotación del hombre por el infame.

Parnasiano sin destino

El desastre concluye con una imagen del destierro cuya formulación proviene del decadentismo finisecular. Por ejemplo, este fragmento, unos cuantos párrafos antes del final:

A veces sobre la inmensidad azul donde las últimas luces encienden rápidas lumbraradas color de sangre, una vela latina vuela como el ala de una garza a ras de las aguas. Acaso viene de la soleada tierra nativa... Acaso va a ella.

El crepúsculo derrama sobre todas las cosas una dulzura de ensueño. Las penetra todas, dejando en todas un como tinte fugitivo, algo tan espiritual como si todo se fuera desligando de la vida para morir poco a poco con la mansedumbre de una suave muerte... Acodados sobre el perfil de la terraza, sumidos en la vaguedad melancólica del ambiente, volvemos los ojos hacia allí... hacia el horizonte marino en donde el sol declina, y tras el cual vive y sufre nuestra tierra.

El poeta vencía al activista en este momento del libro, ya desahogado el furor tras las invectivas contra su enemigo político. El esteta se recordaba a sí mismo y, olvidando sus furores antisocialistas, sus impulsos humanitarios, se daba tiempo para abandonarse a sus preocupaciones más constantes y fundamentales: el sentimiento de exilio, la nostalgia de la muerte y el gusto por los ámbitos crepusculares.

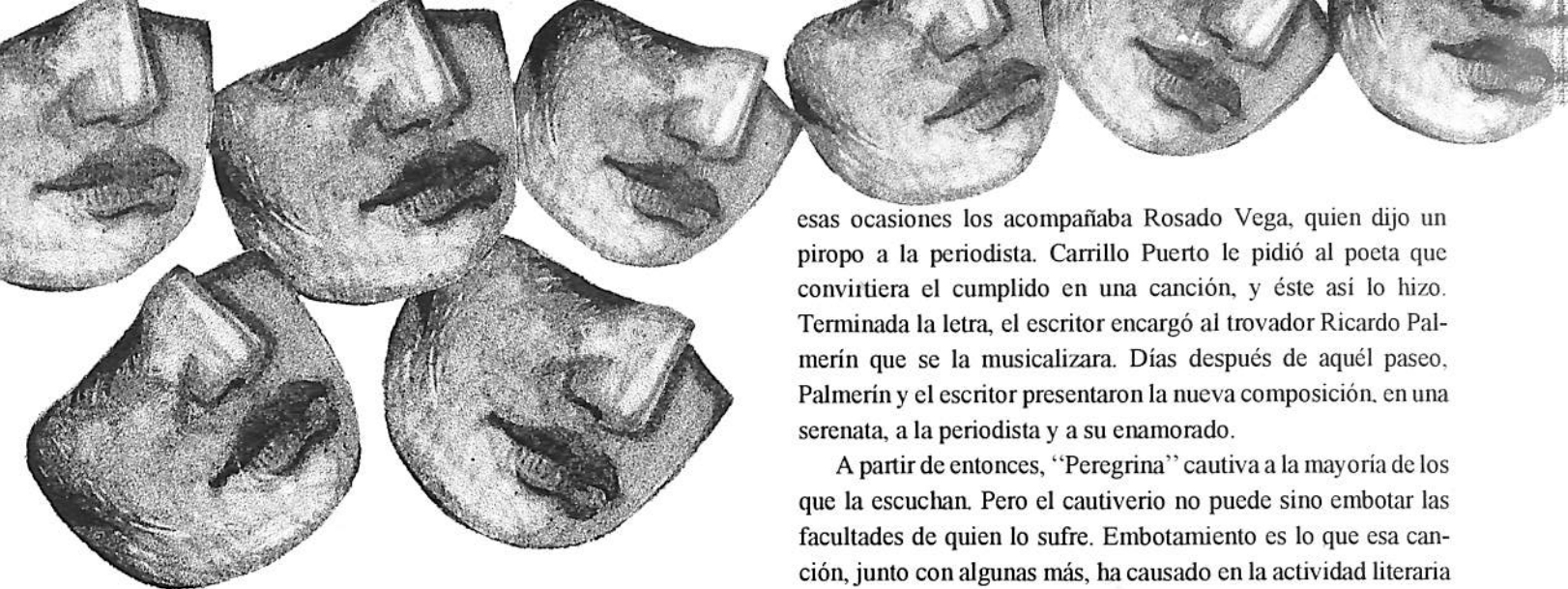
Rosado Vega, el poeta que se fijó en la memoria popular por sus cantares al amor terrenal, era, en realidad, un enamorado de la muerte. El tema de la muerte ansiada y diferida es constante a lo largo de su producción libresca: ya sus primeros poemas se caracterizaban por presentar imágenes de cadáveres vedados al

goce sensual, por su afán de sujetarse a la adoración de ausencias irrevocables.

El título culminante de su obra literaria es, no por casualidad, *En los jardines que encantó la muerte*. Libro voluminoso y recalcitrante, podría considerarse el testamento literario de Rosado Vega, la suma y el balance de su experiencia vital que, paradójicamente, era una invocación a la muerte. Obsesivo, el autor lamenta su vejez solitaria que se prolonga en vano, evoca a una amada largo tiempo inmóvil, y llama a la muerte, al fin que se demora —pues la vida lo agota y obnubila. Una y otra vez se presenta como un desterrado, como un exiliado de su ambiente natural: el más allá, el plano donde amor y espíritu han de ser uno en la placidez de desencarnarse. Más allá curiosamente ateo el de Rosado Vega, en el que no hay Dios ni paraíso o infierno, aunque sí espíritus movidos por el amor.

Menos que a Poe con sus delirios de cadáveres retenidos por la fuerza en esta vida, Rosado Vega recuerda a otros autores ansiosos de aniquilarse y cesar. La visión del mundo como un sitio agobiante —donde el hastío atormenta al desterrado de ese espacio ideal, la muerte— nos podría llevar a confundir a Rosado Vega con un precursor de pensadores escépticos contemporáneos.

Sin embargo, hay que recordar que el *spleen*, el *tedium vitae* y la melancolía tamizados con aromas de Francia, estaban de moda a principios de siglo, en París, como en Inglaterra y como en México. La ascendente clase aristocrática de Yucatán tenía la suficiente boyanza como para costear viajes trasatlánticos a sus jóvenes, cultos o no. Rosado Vega viajó a Francia, conoció y adoptó los modos parnasianos y simbolistas de la literatura; finalmente, asimiló el gusto por las atmósferas enrarecidas y levemente dolorosas del tedio existencial. En ese ambiente de exquisitez y frivolidad el poeta estableció las bases de su vida futura, que lo llevarían a decepcionarse de la revolución y del mundo, a plegarse, con terca indiferencia, ya a la lucha armada, ya a la burocracia cultural, ya a la solitaria artesanía verbal. El escritor yucateco bebió del sol negro de la melancolía en Nerval, en Baudelaire, en otros “malditos”. Y no se recuperó nunca de esa degustación.



Muchos años después de que el decadentismo era sólo un recuerdo perdido y el *spleen* comenzaba a llamarse con nombres de la era industrial (*stress*, depresión), Luis Rosado Vega, ya sin juventud, sin exquisiteces parisinas, sin frivolidades de viajero, pronunciaba su fidelidad al tedio existencial hasta en su obra postrera.

Melancolía del amor frustrado

Al paso de los años el cuerpo mayor de la obra de Rosado Vega se olvida y extravía. Pocos leen hoy sus poemarios, novelas y relatos; casi nadie, por desgracia, recuerda *El desastre*. Los jardines que encantó la muerte son poco transitados. Y, sin embargo, el nombre del poeta no es desconocido, aún para las generaciones del Nintendo y el disco láser. Una canción ha bastado para mantener presente a Rosado Vega en la memoria popular. Esa composición, "Peregrina", también ha servido para sostener una tradición poético-musical que se desvirtúa día con día desde hace más de 40 años.

La canción "Peregrina" queda históricamente ligada, aunque su autor no lo pretendía, a un amor desventurado: el de Felipe Carrillo Puerto y Alma Reed.

La joven Reed vino a Yucatán en 1923 para elaborar un reportaje sobre el redescubrimiento de las ciudades mayas de Chichén Itzá y Uxmal. En esta ocasión, la estadounidense conoció a Carrillo Puerto. Ambos simpatizaron, y no pasó mucho tiempo para que se convirtieran en amantes. El gobernador, entonces un hombre ya maduro, se enamoró a tal grado que planeó fugarse con la muchacha y dejar todo: familia, poder, patria. El proyecto amoroso fue destruido, junto con el régimen socialista yucateco y la vida de su líder, cuando la rebelión Delahuertista triunfó temporalmente en el Estado.

En la actualidad Felipe Carrillo, junto con sus hermanos y algunos de sus seguidores, yace enterrado en un mausoleo en el Cementerio General de Mérida. Frente a este monumento se levanta una fila de tumbas sencillas, entre las que destaca una columnilla de piedra decorada con bajorrelieves estilo neomaya. Ahí está enterrada Alma Reed, periodista estadounidense de izquierda, cronista de movimientos populares, protectora de artistas de vanguardia, amante surgida del frío.

Rosado Vega refirió en una carta a un periodista⁵, en 1952, los pormenores de cómo y por qué escribió esa canción dedicada a la visitante extranjera, 29 años atrás.

Carrillo Puerto y Alma Reed andaban juntos por todas partes, durante las temporadas que ella pasaba en Yucatán. En una de

esas ocasiones los acompañaba Rosado Vega, quien dijo un piropo a la periodista. Carrillo Puerto le pidió al poeta que convirtiera el cumplido en una canción, y éste así lo hizo. Terminada la letra, el escritor encargó al trovador Ricardo Palmerín que se la musicalizara. Días después de aquel paseo, Palmerín y el escritor presentaron la nueva composición, en una serenata, a la periodista y a su enamorado.

A partir de entonces, "Peregrina" cautiva a la mayoría de los que la escuchan. Pero el cautiverio no puede sino embotar las facultades de quien lo sufre. Embotamiento es lo que esa canción, junto con algunas más, ha causado en la actividad literaria de Yucatán.

La enorme popularidad que alcanzó "Peregrina" puede explicar por qué los otros poetas y cancionistas yucatecos se empeñaron en escribir letras amorosas para serenatas. Lo que resulta más difícil de explicar es por qué los escritores yucatecos no supieron hallar, todavía décadas después, una forma de expresión distinta y al menos de igual nivel que la antigua canción para trovadores.

Como dije antes, gran parte del encanto y atractivo de la canción yucateca descansa, no en el texto, sino en la musicalización del mismo. Quizá la desaparición de los magníficos musicalizadores como Palmerín y Guty Cárdenas (los más famosos en la trova yucateca de la primera mitad del siglo) contribuyó en buena medida a la decadencia del género.

Otro factor que puede explicar el agotamiento de la trova yucateca es la falta de evolución lírica de sus temas. A diferencia de la Nueva Trova cubana, los compositores yucatecos se empeñaron en mantener sus canciones con ese aire de evasión nostálgica y de paisajismo reconfortante que caracteriza a las composiciones de principios de siglo. Ya en mil novecientos veintitantos, cuando se escribieron "Peregrina" y "Caminante", los sucesos y paisajes que describían eran menos realidad que idealización de un pasado pintoresco.

Dice la canción⁶:

*Peregrina de ojos claros y divinos
y mejillas encendidas de arbol;
peregrina de los labios purpúreos
y radiante cabellera como el sol.*

*Peregrina que dejaste tus lugares,
los abetos y la nieve virginal,
y viniste a refugiarte en mis palmares,
bajo el cielo de mi tierra, de mi tierra tropical.*

*Las canoras avecillas de mis prados,
por cantarte dan sus trinos si te ven,
y las flores de nectarios perfumados
te acarician en los labios, en los labios y en la sien.*

*Cuando dejes mis palmares y mi sierra,
peregrina del semblante encantador,
no te olvides, no te olvides de mi tierra,
no te olvides, no te olvides de mi amor.*

Ambientes fríos y cálidos contrapuestos y sintetizados en unos cuantos detalles, enmarcan una declaración amorosa. El

esquema funciona muy bien para cantos de serenata, pero adolece de la fuerza que otros temas podrían darle a la composición.

En "Peregrina" se canta a la mujer extranjera por sus características físicas idealizadas: ojos, labios, mejillas y cabellera excepcionales. Muy distintos de las facciones de las mujeres yucatecas: ojos rasgados, labios abultados, mejillas tostadas, cabellera oscura. También hay mujeres blancas en Yucatán, cierto, pero del tipo español, con cabellera y ojos oscuros, la mayoría de ellas. No hay que olvidar que Alma Reed era del tipo anglosajón y, lo que es más importante, que era no sólo una mujer bonita, sino una intelectual apasionada por las luchas sociales y las transformaciones artísticas de su tiempo. Nada de esto nos dice "Peregrina", dedicada a exaltar sólo el atractivo externo de Reed. Nada semejante dirían las canciones que siguieron a aquélla. ¿Cómo podía no anquilosarse, entonces, el género cancioneril en Yucatán?

Faltó complementar los asuntos amorosos con otros menos sentimentales, como la lucha revolucionaria, como los problemas económicos de la región. Esto no es romántico, se objetará con razón. Pero la literatura no tiene por qué limitarse a lo romántico y a los asuntos de enamorados. Ni la música debe concretarse a unos cuantos acordes agradables para pasar el rato. Hay muchas situaciones desagradables, grotescas y aun trágicas que pueden y deben cantarse, porque la historia del corazón humano está hecha de sueños y de humillaciones, de pasión amorosa y de odio, de grandeza y de mezquindad, de calma y de combate. Todo puede cantarse, y todo debe ser cantado para asegurar que la poesía se mantenga viva. De otra manera, la expresión literaria de un pueblo queda condenada a repetir los momentos más altos de sus logros iniciales, y los ecos desvanecidos de su falta de calidad y de hondura posteriores.

El cronista popular

Rosado Vega cultivó también el relato folclórico y costumbrista, con menos fortuna pero acaso más eficiencia que Mediz Bolio. De esta parte de su producción quedan colecciones de leyendas y anécdotas como *El alma misteriosa del Mayab*, *Lo que ya pasó y aún vive* y *Amerindmaya*.

El alma misteriosa del Mayab es una recopilación de leyendas que el autor rescató de la tradición oral maya-yucateca. En esta obra, elabora una especie de "bestiario" regional, pues describe la figura y los hábitos de muchos seres imaginarios, la mayoría malignos, que perturbaban la imaginación de los mayas. Las descripciones, expuestas con lenguaje menos pretensioso que el de *la tierra del faisán y del venado*, son, sin embargo, amenas y eficaces. En este libro está el germen del que pudo surgir una corriente de literatura fantástica en Yucatán.

Rosado Vega no era un prosista de gran aliento, sino un cuidadoso y elegante cronista de la vida a principios y mediados de siglo. Por eso, su narrativa ya no atrae hoy en día más que como documento nostálgico o folclórico. Sus descripciones de tipos populares y pintorescos en *Lo que ya pasó y aún vive* han servido de base para anecdotarios menos afortunados, como los *Tipos pintorescos de Yucatán*, de Santiago Burgos Brito, y hasta para memorias satíricas más elaboradas como *Nueva relación de Mérida*, de Roldán Peniche Barrera.

Como crónica popular podemos ver también el último poema

extenso de Rosado Vega: *La selva trágica*, un alegato grandilocuente pero ingenuo contra la explotación de los trabajadores chicleros de Quintana Roo, publicado en 1937. La poesía social nunca ha corrido con fortuna en Yucatán. Estos versos del escritor chemaxeño no son la excepción. A Rosado Vega le faltaron la fuerza y violencia con que denostó a Salvador Alvarado, 18 años antes, para condenar las condiciones deshumanizantes en que trabajaban los extractores de chicle. Mucho más podía y debió decirse de quienes sostuvieron con sus vidas una industria próspera con la que los potentados de la península de Yucatán obtuvieron renovadas cuanto injustas ganancias.

La pasión por la cultura maya que Rosado Vega profesaba, dejó sus frutos más duraderos en la fundación y organización del Museo Histórico y Arqueológico de Yucatán. Las primeras colecciones de monolitos y cerámica maya de este acervo fueron donadas por el propio Rosado Vega, quien las rescató de las antiguas ciudades que en aquel tiempo eran ruinas recién arrancadas al olvido. Ese espacio, creado dentro de la corriente de



entusiasmo por la cultura maya (que contribuyeron a fomentar investigadores como Sylvanus G. Morley y Eric S. Thompson), es en la actualidad el Museo Regional de Antropología e Historia.

La hora del desesperanzado

Aunque *En los jardines que encantó la muerte* parece concebido y ejecutado por un poeta de principios de siglo —por su atmósfera, por sus imágenes, por sus metros y ritmos—, es un libro de nada menos que 1936. Rosado Vega, solitario en su exilio interior, recalcitrante en su amor a la muerte, no percibía ya los nuevos signos del tiempo. Las vanguardias (sobre todo el estridentismo, en México) imponían, desde una década antes, una literatura vitalista, de confianza en las revoluciones proletarias y en el progreso del mundo, una sensibilidad *alucinada* con las posibilidades del hombre contemporáneo.

Pero el viejo autor de “Peregrina”, el viejo combatiente que vio fracasar a Alvarado y morir a Carrillo Puerto, que vio la disolución de las esperanzas en que se fundaba la vanguardia artística, continuaba aferrado a sus maneras finiseculares. El cuervo de Poe, el cisne de parnasianos y modernistas, el azul de la esperanza y el gris de la desesperanza no habían cambiado un ápice a sus ojos fatigados. Y entre imágenes tan agotadas como su vista y su energía, continuaba su labor de literato, en cantos a la muerte que (como la cena evocada por sor Juana) convida y enamora.

En los versos antiguos de Rosado Vega —escritos en plena época de la aviación— se prolongaba el modernismo, ya sin destino. Como la vida misma del autor, esta corriente continuaba en Yucatán con ansias de disolución. Al modernismo, preciosista y recargado, no lo salvó el saludable pesimismo de López Velarde, ni siquiera el didactismo y las proclamas tuercecuellos de González Martínez. Pero, explicablemente, el movimiento literario surgido del decadentismo continuaba agonizante y aislado en un ámbito tan aislado y poco vivo como el Yucatán de la primera mitad del siglo. Rosado Vega, junto con un puñado de poetas viejos o prematuramente envejecidos, mantenía la tradición modernista casi desvanecida, casi exhausta.

No hay duda de que *En los jardines que encantó la muerte* resulta uno de los estertores más audibles del modernismo tardío. Conmueve el esfuerzo del poeta por agotar sus visiones y revisiones escépticas junto con los ritmos que había frecuentado durante su carrera literaria. Conmueve el esfuerzo desesperado de un escritor por resumir en cientos de líneas prosaístas sus vivencias, sus desencantos y sus descubrimientos formales, que llegaban al mundo muy tarde. Cuando Luis Rosado Vega entonaba sus lamentaciones decadentistas, la tecnología y la guerra y el comercio, sin olvidar a los autores, habían transformado definitivamente las maneras de escribir y de entender la poesía.Δ

Notas

- 1 El memorial de J. Juan y A. Ulloa sólo se dio a la luz hasta 1826.
- 2 El modelo de producción comunal, autosuficiente, de los campesinos mayas era una tradición ancestral. Su relación con el entorno se basaba en una cosmovisión naturista, evidentemente alejada de los modelos de producción industrial. Los mayas tenían una conciencia ecológica que las necesidades comerciales de los hacendados y terratenientes destruyeron. Hoy, la necesidad de recuperar esa armonía con la naturaleza se percibe más urgente que nunca pero, también, mucho más difícil que en las postrimerías del siglo XIX.
- 3 Al menos, para los historiadores materialistas oficiales, los de tendencia derechista no cesan de vituperar al general sonorenses como uno de los destructores de la economía y la sociedad yucatecas.
- 4 El único ejemplar que se conserva en la Biblioteca General del Estado “Manuel Cepeda Peraza”, lo hallamos —una bibliotecaria y yo— intacto y con las hojas aún sin desplegar.
- 5 Carta citada por Roque A. Sosa Ferreiro en *El crimen del miedo*, Ed. B. Costa Amic, México, D.F., 1969, y por Esquivel Pren en *Historia de la Literatura en Yucatán* (en el capítulo correspondiente a Rosado Vega), tomo IX, Ediciones de la Universidad de Yucatán, Mérida, 1975. Los autores difieren en el destinatario de la carta: Sosa Ferreiro asegura ser él mismo el corresponsal; Esquivel Pren indica que la misiva fue dirigida al Sr. Ramón Ríos Franco.
- 6 Autógrafo de Luis Rosado Vega reproducido en la *Historia...* de Esquivel Pren. Esta versión difiere en algunos detalles de la que el propio Esquivel transcribe en otra parte del tomo IX de su obra.

Luis Rosado Vega

No se saben los datos exactos de su nacimiento. Se dan por probables tres fechas: 1873, 1876 e, inclusive, 1878; y tres lugares natales: Chemax, Valladolid y Mérida. Lo más probable es que naciera en la primera de esas tres poblaciones, pues su familia provenía de allí.

Después de realizar estudios en la Escuela Normal, adquirió y dirigió la imprenta “Gamboa Guzmán”, afamada entre los meridianos por sus publicaciones literarias e históricas.

En 1902 Rosado Vega publicó su primer libro, *Sensaciones*, y poco después se convirtió en colaborador regular de revistas literarias meridianas.

Poco antes de que comenzara la Revolución, el autor viajó a Francia, Italia, Suiza y otras naciones europeas. A continuación, hizo un recorrido por Centro y Sudamérica.

De regreso en Yucatán, fue secretario del Gral. Eleuterio Avila, carrancista impuesto como gobernador del Estado de 1914 a 1915. Al parecer, el escritor estuvo involucrado en la revuelta del Gral. Abel Ortiz Argumedo, quien se sublevó contra Carranza y sus partidarios.

Después de que Alvarado derrotó a los argumedistas, el poeta se exilió en La Habana, Cuba, de 1917 a 1920. En ese país dirigió una imprenta, probablemente la denominada “El Siglo XX”. También conspiró contra el alvaradismo, desde el destierro.

1920 fue el año de su vuelta a Yucatán. A partir de entonces se dedicó al periodismo, serio y humorístico, pues dirigió durante breve lapso un periódico y colaboró en el semanario humorístico “La Caricatura”. Asimismo, escribió comedias ligeras para el teatro regional.

Carrillo Puerto le encomendó, en 1923, la formación del Museo Arqueológico e Histórico de Yucatán. Rosado Vega trabajó activamente en la fundación y dirección de este museo.

En 1930 se mudó a la Cd. de México, en donde residió hasta 1947. Para escribir su *Poema de la Selva Trágica* y su novela *Claudio Martín*, se fue a vivir por seis meses en la zona maderera del entonces Territorio de Quintana Roo durante 1936. Allí contrajo una enfermedad de la que nunca se recuperó por completo.

Al regresar a Yucatán, en 1947, el poeta fue nombrado Director General de Bibliotecas del Estado, cargo que desempeñó hasta pocos meses antes de morir.

Alrededor de 1955 la enfermedad que contrajo en la selva se recrudeció hasta dejarlo semiparalítico.

Falleció el 31 de octubre de 1958, Día de Muertos; por esas fechas, Boris Pasternak era obligado a rechazar el Nobel de Literatura; Juan XXIII se preparaba para coronarse Papa; y el futuro dictador Fulgencio Batista, democráticamente electo, subía al poder en Cuba.

El cadáver de Rosado Vega fue velado en la Escuela de Bellas Artes del Estado, y a su entierro en el Cementerio General de Mérida acudió una multitud.